

## COMPROMISO Y MATRIMONIO



n unas vacaciones, Amalia había ido a Lebu cuyas minas de carbón fueron uno de los negocios que más absorbieron la actividad emprendedora de su padre.

“Si no hubiera sido por el viento casi constante que, gimiendo o rugiendo entre los bosques, daba una sensación enervante y aterradora, Lebu me habría parecido un sitio encantador. Las riberas de su río tranquilo y navegable estaban cubiertas de una vegetación que llegaba y caía hasta la misma agua; verdes bosques y verdes colinas se extendían a ambos lados de esa corriente mansa y cristalina.

“En Lebu tuve muchas distracciones, mi vida casi empezó a ser mundana. Con razón la Mamita se inquietaba, allá lejos, en su rincón, y me hacía escribir que me cuidara de la disipación, que no perdiera mi piedad y tratara de conservarme siempre en la presencia de Dios”.

Tenía ella solamente doce años, pero ya lo dijimos, era notablemente desarrollada y tan atrayente que un adolescente de dieciocho años no podía dejar de mirarla con interés. Ha quedado histórico en la familia el cuadro siguiente: la niña suave y tímida tocando el piano, sus largas trenzas de color castaño claro con reflejos dorados, cayendo sencillas desde la nuca hasta más abajo de la cintura, y el joven retratando de espalda esa figura graciosa e ingenua. Si quedó ese cuadro memorable en la familia, es porque dejó en el alma de ambos jóvenes un algo vago—por no decir cariño todavía— un anuncio misterio-

so tal vez de que habrían de ser, con el tiempo, el uno para el otro. Parece haber sido desde entonces para Amalia una inclinación natural, uno de esos compromisos impensados y secretos que pueden vivir en una niña y crecer con ella, envueltos en la más delicada pureza y en la más completa inocencia.

Algunos años más tarde, caminando ella con Miss Young por la calle Morandé, vió de pie, detrás de la reja gruesa de una de las ventanas de la casa patricia de doña Magdalena Vicuña, la figura varonil del joven que la retratara en Lebu. Su corazón dió un golpe y trabajó por disimular a su aya la súbita alteración de su voz. Era el joven que Dios había destinado fuera el compañero de su vida. ¿Qué extraño, pues, que latiera su pecho inusitadamente al divisarle?

Ramón Subercaseaux, tipo de la chilena aristocracia en sus mejores tiempos, inteligencia vivaz, alma de artista, último retoño de una larga y brillante familia de hermanos y hermanas, e hijo de una madre extraordinariamente hermosa, cristiana valiente de cuño antiguo, era, a los veinticuatro años todo un hombre para quien la política, el arte y la literatura ofrecían anchos campos abiertos. Apenas concluídos sus estudios había hecho un viaje a Europa, aprovechando bien cada uno de sus pasos y penetrando con la agudeza de su ingenio lo que era digno de ser admirado en el viejo mundo. De vuelta a su patria, con esa misma prontitud segura que lo caracteriza, pone los ojos sobre la niña que le parece, entre todas, la más adornada de cualidades y virtudes.

Una tarde, Amalia fué convidada a una fiesta donde sus abuelos Urmeneta. Salió de casa después de ha-

berse arrodillado a los pies de su Crucifijo y de haberse echado en espíritu en los brazos de su Madre del Cielo. Su acendrada piedad le hacía temer en extremo las ilusiones del mundo y de seguro que Miss Young —tal como ella misma a sus hijas en iguales circunstancias— le había hecho leer, en el día, el capítulo de San Francisco de Sales en que el santo enseña a su Filotea que, “las danzas y bailes son cosas indiferentes por su naturaleza; pero, según el modo ordinario con que se hace este ejercicio es muy inclinado a la parte del mal y, por consiguiente lleno de riesgo y de peligro. Y que de las danzas se puede decir lo que dicen los médicos de las setas y hongos, que los mejores bailes no son buenos, y que es preciso usar de ellos con cautela y moderación” (1).

Iba, pues, llena del pensamiento de Jesucristo, y el sencillo adorno de su vestido y cabello no hacía sino dar realce al reflejo de pureza y modestia que su dulce piedad exhalaba.

Subió algo trémula la larga escalinata del palacio. Arriba la esperaba Ramón.

La música, las flores, el baile —ceremonioso de entonces— tomada de la mano del joven que le gustaba, la alegría que aumentaba con el caldearse los magníficos salones, tapizados de brocado y perfumados con deliciosas flores, todo en aquella noche, hízola sentirse desvanecida.

Lloró después.

Era su primer contacto con el mundo; lo sensitivo humano no dejó de probar su fascinación y deslumbramiento; y temió que esta revelación de algo que antes ignoraba le quitara a Jesús, su Esposo del alma, y acallara ese llamado que ella creía para el claustro...

---

(1) Introducción a la vida devota.

y era un llamado, sí, un llamado de amor divino... Pero, al través de un largo bosque de cruces y de luces, con murmullos buenos y ruidos cansadores... A través de una larga cadena de sentimientos y pesadumbres del corazón, de combatidas ternuras, de cariños derramados...

¡Oh! si la jovencita Amalia esa noche, cuando al pie de su Cristo derramó algunas lágrimas de arrepentimiento por haber gustado la copa de un placer, inocente en ella pero mundano en sí, hubiera podido ver lo que tendría que atravesar la débil barca de su modestia... cortes, honores, alabanzas y distinciones hasta el fin... ¡Pobrecita...! ¡qué vértigo se habría apoderado de ella!

Pero su Cristo, con cuánta ternura de indulgencia la miraría, conociendo, El, como ella le sería hasta el último día entera y heroicamente fiel. Y ese Señor, en el cual nadie ha confiado en vano, ya sabría proveer con firmísimos remos y con velamen muy ancho la barca que a sus pies se sentía endeble para salir del puerto de la infancia al mar abierto de la vida.



Mas, dejemos a la niña entregada a su primer conflicto y volvamos al palacio Urmeneta donde se venían marchitando las flores y durmiendo los helechos para reinar un silencio que, muy pronto, sería a su vez barrido por los quehaceres y nuevos compromisos sociales del día de mañana.

Nos falta conocer aquí la existencia de un ser que hacía a Amalia en su juventud "la impresión más de un sueño que de una realidad".

En un ala del palacio vivía, o más bien, pasaba rápidamente por la vida una tía de Amalia, la única hermana de su madre, Manuela Urmeneta de Eastman o la tía Manuelita, como cariñosamente la llamaban los que la adoraban —que eran los pocos que tenían el privilegio de conocerla.

Ser de exquisita selección, Manuelita era una flor extremadamente delicada. Guardada como en un relicario en el marco romántico de esa arquitectura medioeval, siempre enferma, no salía de su aposento, y, enojada tanto de su fina belleza como con sus preciosas alhajas, su espíritu vibrante, abierto a todo lo tierno y delicado lo mismo que a lo grande y sublime, era un centro de atracción para la escogida juventud de sus sobrinos y para los amigos de éstos. A ese santuario de ideal amistad, en que una mezcla de efímera belleza, de sufrimiento reprimido bajo heroica sonrisa, de trato inteligente y cariñoso formaban un ambiente hechicero, llegó también el joven Ramón. Simpatizó con él muy singularmente la fina señora y quiso atraerle a Amalia la que, al mostrarse dócil a la insinuación llena de cariño de su tía, no hizo sino seguir su propia inclinación.

Desde entonces la tía Manuelita gustó aún más de tener consigo a su sobrina predilecta, su Consuelito, como solía llamarla con ternura. En unas páginas que reflejan de una manera encantadora las emociones de amor que nacen y esa atmósfera de consagración feliz que envuelve a una niña buena en tales momentos de su vida, haciéndole descubrir dulces secretos en la naturaleza y en los libros y hasta en el lenguaje de las flores, Amalia nos cuenta así:

“La Hacienda de Limache fué siempre el sitio de mi

predilección. ¡Qué bien se pasaba en esa casa! Debía ser en primavera por lo que recuerdo del color y de la frescura de los árboles, cuando fui con Miss Young, mi inseparable compañera, a quedar allí una temporada con los abuelos Urmeneta y la tía Manuelita. El aire suave de este clima ideal, sus flores perfumadas, el bienestar tranquilo de la casa, todo me seducía. No era romántica ni dada a la poesía; era sencilla en mis ideas y simple en mi sentir, pero ese ambiente halagador me saturaba de idealismo y dulcemente me hacía soñar. Leí entonces dos libros que me impresionaron agradablemente; su espíritu y su sentimiento de poesía mística armonizaban con los cánticos silenciosos que elevaba mi alma a la bella naturaleza que tenía por delante, a la vida que empezaba a comprender, a Dios, autor de todo aquello, luz que alumbra todo, deleite abarcador y penetrante. Estos libros eran: Mis Prisiones de Silvio Pellico, y el diario de Eugenia Guerin. Fuente pura de poesía la de esos dos escritores, maestros en su propia lengua. ¡Pudieran todas las jóvenes inspirarse en ellos!”

“En uno de esos días, dulces para mí, llegó Ramón de visita a Limache. Seguramente mi tía lo había prevenido y el encuentro, esta vez, era cosa convenida. A mí no me extrañó; lo recibí con naturalidad y con agrado. El venía también despejado, más atento conmigo y más confiado. Hicimos juntos, siempre acompañados de mi fiel compañera, paseos agradables por los jardines floridos que rodeaban la casa y subimos a la quebrada cubierta de vegetación silvestre que llamaban “La Huinca”. Allí se gozaba de un frescor delicioso, y, subiendo un buen trecho, se llegaba a un espacio despejado de terreno; unos

bancos esperaban allí a los paseantes, bajo la sombra de frondosas encinas”.

Lo que ella no cuenta —por modestia, sin duda,— es que tuvo otros varios pretendientes apasionados. La rectitud de su alma ayudada por los consejos sabios de quien le hacía las veces de madre, la enseñaron a no engañar a ninguno aceptándole atenciones cuando el corazón no aceptaba. Amalia iba a la santa montaña del matrimonio derecho, honradamente, con una sola fe para un solo amor.

Ella, una vez, recibió dos preciosos ramos de camelias; el uno lucía aquella tarde en el salón de la joven, avisando a su dueño —que no era otro sino Ramón— que el sentimiento de su admiración tenía acogida; el otro fué a los pies de un altar de la iglesia de San Ignacio en donde el joven, que en la mañana las escogiera con cariño, supo a la tarde, de una manera delicada, que debía abandonar el anhelo de sus caras pretensiones.

Continuamos con su relato que es el más fiel y elocuente:

“Las visitas de Ramón continuaron haciéndose más frecuentes. Sentados como siempre alrededor de la mesa, nuestras conversaciones iban, poco a poco, tomando giro más confidente; las indirectas eran cada vez más directas. Ramón ya no disimulaba sus deseos; era cosa sabida y en torno nuestro no veía oposición alguna. Quedaba por vencer la última trinchera, la de mi fuero interno donde permanecía siempre el temor de faltar, con el asentimiento dado al corazón a aquel otro llamado de orden superior que había creído sentir en mi primera juventud”.

El joven, en tanto, decidido, viendo en ella clara y precisa su dicha, apremiaba y urgía... en esa mesa

donde conversaban a vista de Miss Young, estando las manos de ella siempre entregadas a una labor y las de él jugando con el lápiz sobre las albumes de Amalia, él, furtivamente, le dibujaba en una esquila algún símbolo de amor con una palabra apasionada; y ella, también furtivamente, le contestaba en el mismo papel, con una frase que le revelara el íntimo compromiso de su corazón con Jesús. Dibujaba ella, un día, en el rincón de una página, un campanario de convento, y él le contestaba poniendo al pie del campanario una triste tumba con sus propias iniciales.

"Miss Young aprobaba mi inclinación y no ponía obstáculos a nuestras entrevistas que siempre acompañaba muy de cerca. Me aconsejaba, sin embargo, que retardara mi compromiso e hiciera esperar a Ramón algo más, hasta no estar completamente persuadida de que ese compromiso no había de faltar a la Voluntad santa de Dios. "Ruegue mucho, me decía, para obtener la luz y pida al Señor le ponga El mismo un impedimento si esto no ha de ser de su agrado".

"Así lo hice y así lo había hecho desde que vislumbé el rumbo serio que las cosas tomaban y, sobre todo desde que comprendí que mi corazón estaba cogido".

Ante nuestros ojos tenemos una hojita de papel que llevaba escrita en francés, con la fina letra de Amalia niña, una oración por la cual pide al Señor no le permita inclinarse ni entrar a un estado al que El no la llame. Debí de rezarla mucho tiempo y todos los días, teniéndola entre la páginas de su devocionario.

Ella, se ve, combatía contra sí misma, y esa prueba

y batalla contra sus sentimientos y esos ruegos y ese deseo tan sincero de obtener al Altísimo, eran los cimientos que ponía al edificio de su felicidad y a la grandeza del futuro hogar.

"Debíamos el 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación alejarnos de casa para pasar unos días retiradas en ejercicios en el Convento de la Maestranza. El objeto de ese retiro debió ser para mí según la idea de Miss Young, el de poder tomar una resolución definitiva después de haber empapado el espíritu en la gracia del Señor y de haber reflexionado en el silencio del claustro y en el recogimiento profundo de la casa de Dios. Pero la idea de Miss Young quedó frustrada; en un rato en que ella intencionalmente se había retirado a su pieza para dejarme explicar a Ramón el motivo de esa determinación, éste aprovechó tan bien de la libertad inusitada que, no pudiendo yo resistir más a sus instancias, solté el "sí" tan esperado y me consideré desde ese instante comprometida para siempre".

"Nos fuimos, con todo, a retiro al día siguiente, y ahí en la santa casa sentí el peso de la responsabilidad que me venía encima y que tomaba yo conscientemente, con la seriedad que la fuerte y sólida educación me había comunicado. A la salida de la Maestranza me esperaba en casa un inmenso ramo de flores perfumadas con una finísima tarjeta de Ramón. El goce de las flores, del aroma y de la palabra cariñosa, me reconfortaron el ánimo y, valiente y confiada me entregué a mi nueva vida: la de la novia".

"El ajuar y demás preparativos se ejecutaron sin afán; todo era abundante, según se usaba en aquel tiempo y todo sencillo, según mi propio gusto".

"No eran bien vistos en esa época los noviazgos demasiado largos; las madres cuidadosas de sus hijas no permitían la menor libertad en esas condiciones y, por lo tanto, era muy engorroso para la familia el tener en la casa a un par de novios. Se fijó, pues, el matrimonio para fines de Junio".

"En la capilla de los Padres Franceses, entonces recién construída, recibimos en la mañana del 30 de Junio de 1879 la Bendición Nupcial. Mi padre de rodillas a mi lado se mostraba hondamente emocionado, sus sollozos me impresionaron peposamente. Quedé tranquila sin embargo, mucho más tranquila que en los primeros tiempos del compromiso; la crisis del temor de lo desconocido, ya había pasado. El tío Crescente nos dió las bendiciones; el Padre León, confesor mío y antiguo maestro de Ramón (1), vino a saludarnos a la casa donde se juntaron en seguida las dos familias" (2).

## E S P O S A



oda mujer es llamada a ser **Sponsa Cristi**, la esposa de Cristo. Para algunas es la esencia de su vocación el que Cristo se reserve todo su ser, queriendo El consumir con ella un desposorio misterioso, indivisible".

(1) En una visita que Ramón hizo a su antiguo maestro y director de Amalia, éste le dijo así: "Te vas a casar con una creatura angelical que no ha cometido un solo pecado. Y será una gran mujer".

(2) Cuaderno de familia.